

Valparaíso se parece al Albayzín

EDUARDO BLANCO AMOR*

No, yo no sabía que Valparaíso y Viña del Mar se hallasen en tales términos de vecindad. Luego supe eso y muchas otras cosas; por ejemplo su aparente rivalidad, que encubre un secreto y recíproco amor: el porteño ama a su playa y el viñamarino está orgulloso de su puerto. En su origen, *rival* quiere decir el que vive al otro lado del río; es decir, vecino.

Y lo que no sabía me lo dijo el espejo. Los espejos no siempre dan malas noticias. Diré cómo ocurrieron las cosas. Estaba yo en mi habitación del hotel Miramar, rumiando la aventura de aquel reciente véspero, de aquel sofocón de inmenso sol naufragado: emoción de paisaje a la que ni faltó el caudal indispensable de sorpresa que conviene a toda emoción auténtica. La ignorancia geográfica es un factor de primer orden para el goce de tales hallazgos. Mientras me vestía para una ceremonia, el cielo iba pasando por un lento recuento de rojos, amatistas y grises hasta pulir la redondez de la primera estrella, que allí se apareció para dar comienzo a su faena nocturna. De pronto el espejo, donde yo me anudaba el rebelde corbatín de gala —tarea que invalida de antemano mi moderado gusto por las ceremonias— empezó a tachonarse, en su más lejana hondura, con unos puntos brillantes,

*Eduardo Blanco Amor: escritor español ya fallecido. Residió un tiempo en nuestro país y visitó varias veces sus principales ciudades. Recorrió el territorio en toda su extensión. Como profesor de oratoria congregaba a numerosos alumnos, y su riquísimo léxico era uno de los atractivos de sus conferencias. Su libro *Chile a la vista* es el fervoroso homenaje de un gran admirador de esta tierra. El largo capítulo *Valparaíso* lo hemos fragmentado.

de naturaleza indescifrable. Era como si aquel virtual espacio se convirtiese en un inmenso y apartado acerico que fuese llenándose de alfileres con cabeza de fuego. ¿Pero que era aquéllo? Las luces persistían y se multiplicaban en el espejo. Finalmente el cristal acribillado, varioloso de titilación lejana, me hizo salir a la terraza, curvado de ansiedad, como si todo yo fuese un interrogante. Lo que allí se me presentó, la reproducción exacta de aquel momento, forma parte de esos contactos con la realidad transfigurada que han de quedar para siempre mudos, por demasiado perfectos, en la conciencia del escritor. Tal como decía Maeterlink: "Cuando tenemos algo *realmente* importante que decir, nos vemos obligados a callarlo". Abarcando un gran tramo aéreo de la sombra se interponía, entre el cielo y yo, medio horizonte encabritado de lucerío: Unas cataratas de estrellas, mucho más espesas e insistentes que las que le daban mortecina réplica en la altura, cayendo hasta el mar desde no se sabía dónde; elevándose en curvas arbitrarias hasta los luceros revelando el charol de las aguas con la dispersión temblorosa de culebrinas de brillante cinabrio; trazando rutas de ópalos y escalonamientos de diamantes en los nocturnos terciopelos; coronando mundos desconocidos con arbitrarias diademas de topacios... ¿Qué quería decir aquella insólita pedrería que para mí guardaba en su estuche mi primera noche de mar chileno?

Llamé al timbre con una insistencia y un temblor de accidentado. Sobrevino la camarera en el umbral, con el susto en los ojos. La tomé de la mano en silencio, exponiéndome a que pensase de mí los mayores desatinos, y la llevé a la terraza.

—¿Qué es aquello?

—¿Aquel qué?

—Allí, aquel montón de luces.

—¡Ah!, exclamó la muchacha —era preciosa— como aflojándose de una incómoda tensión —aunque yo no soy tan feo— y recuperando la calma. Es Valparaíso...

—¿Valparaíso? ¿Y cómo, tan cerca?

—Siempre estuvo ahí —añadió con una cierta perplejidad.

—¿Y se puede ir allá?

—¡Claaaaro!, afirmó con ese "claro" chileno, que, según quién lo diga, se siente a veces en la médula.

—¿Ahora mismo?

—Pasan "micros" cada dos minutos...

Me lancé a la calle como un alucinado. Subí a "una" micro, sin pensar en que mi atuendo no era de los más apropiados para visitar un puerto nocturno, en aquellas partes en que los puertos dan de sí su mejor expresión.

Atrás quedaba el deber, la fiesta suntuosa, los trabajos forzados de la sociabilidad, el objeto mismo de mi viaje. Ante mí el misterio me hacía sus viejos guiños siempre nuevos, esta vez bajo aéreos arcos de luces... Regresé a las tres de la madrugada. De todo lo que ocurrió durante esas horas no tengo por qué dar cuenta. No tengo ni debo. Aunque mejor sería decir que no puedo.

¡Oh, Valparaíso, ya para siempre anudado en la entraña y raíz de mis recuerdos! De los que puedo contar y de los que quisiera contar...

Sábado... Un puerto nocturno sobre un mar ilustre de evasión y de aventura.

¡Que el Señor tenga piedad de mis pecados...!

CIUDAD EN DOS HISTORIAS SITIOS Y SIMBOLOS

Volvamos a la realidad, quiero decir al Valparaíso diurno. Contra sus colinas atormentadas han venido, una y mil veces, a estrellarse los tópicos, a chocar los lugares comunes, como marejadas literarias. Que si "la ciudad de los cerros", que si "la ciudad del viento", que "si la Génova del Pacífico...". Palabras como biombos. La metáfora es la explicación remota de una imagen inmediata. Toda metáfora es una cortina. Al escritor le interesa su cortina, su biombo; es decir, la interposición de su yo. El realismo habló de "un espejo paseado a lo largo del camino". Pero, como observa D'Ors, lo que interesaba, también allí, era más el espejo que el camino. Creo que ha sido France quien halló una fórmula irónica y exacta: "Voy a hablar un poco de mí a propósito de Platón". El escritor usa la realidad como pretexto para sus ardides; es la materia prima inmediata para las manualidades de su oficio. Queda a cargo del lector la tarea de la identificación, la continuidad con lo real, la permanencia en la pista, en el rastro. Porque también hay un arte que juega sistemáticamente a despistar.

Probemos aquí, como experiencia, un encaje de palabras provisionalmente adecuadas al presente molde: "Están las casas colocadas como si un viento huracanado las hubiese arremolinado así. Se montan unas sobre otras con raros ritmos de líneas. Se apoyan entrechocando sus paredes con original y diabólica expresión... Covachas abandonadas, declives de tierra roja, hondonadas llenas de escombros...".

¿De quién es este Valparaíso que dejó diseñado con palabras ajenas? ¿De qué porteño ilustre? ¿De D'Halmar? ¿De Edwards Bello? Ni de D'Halmar, ni de Edwards, ni de Valparaíso. Es un Albayzín granadino que García

Lorca describe en una prosa de adolescencia. Así son de dóciles y mostrenas las palabras...

Procuraremos sujetar estas presencias con otras ligaduras. Soslayemos el trampolín confuso de la imagen directa o indirecta y vayamos a su símbolo, si ello es posible en estos apresurados esquemas de viaje.

Yo veo en esta ciudad una imagen como apretada y alcaloidal de Chile. Lo largo, lo angosto, signo inmediato del país. Pero lo que ocurre en su largura —el valle, el monte, el río— incide en las sólitas presencias de otros países y no da la clave de su originalidad. "Ser diferente es ser existente", decía Descartes. Las "diferencias" de Chile están en su ser limítrofe, en los dos grandes accidentes diferenciales que acotan su ser transversal. La melodía de sus valles o la rispidez de su desierto, se deslizan recostadas contra el solemne acompañamiento, contra la suprema orquestación de su mar y de su cordillera: He aquí los dos bordones, los dos "bajos continuos" de su intermitente canción central. ¿No estribará en ello la unificación racial —en el aspecto caracterológico— tan sorprendente que ofrece este país, por encima de las más dispares zonas térmicas y orográficas y de los modos más inconexos de producción del suelo? Sobre el esponjoso y nebuloso suelo del sur y sobre las asoleadas y aspérrimas arideces del norte, el chileno permanece igual a sí mismo. En cierto modo el chileno es la quiebra y refutación de las doctrinas de la influencia del medio, que van desde Ibn Jaldun, en el siglo XIV, hasta Taine en el XIX.

UN CATASTRO DELIRANTE

En pocos lugares del mundo tibio la obstinación del hombre por oponerse y domar a la naturaleza ha dado resultados más triunfales. Los cerros de Valparaíso significan la derrota de la orografía, la humillación de la verticalidad. ¿Qué delirio es éste de haberse puesto a construir una ciudad que se propaga en peldaños hacia la cúpula celeste?

Un catastro urbano de Valparaíso, hecho a conciencia, nos daría el siguiente estupendo resultado: Casi todas las medianeras están a cargo del aire. Para calcular aquí cabalmente los impuestos habría que cubicar la atmósfera y que parcelar el ámbito respiratorio. Lo que ocupan las casas de los cerros como solar, no guarda relación alguna con lo que significan de superficie cubierta. Nada de metros cuadrados, aquí donde todo es cúbico. Se compran unos pocos metros lineales, se clavan unas estacas o se urde una somera pared de cemento, ¡y a volar! La casa se proyecta hacia fuera, alero toda ella —aleró, que viene de ala—, señora del aire, amiga íntima del

precipicio, y allí se queda planeando, años y años, como un gavilán. Claro está, para acceder a estas viviendas hay que usar conducta de pájaro y volar también. Los ascensores —híbridos de jaula y avión— cumplen tal cometido. Diariamente varias decenas de miles de porteños realizan vuelos de ascenso y descenso para llegar a sus casas y a sus empleos. Si fuera verdad la teoría de la adaptación al medio, los omóplatos de estos seres del aire acabarían por segregar de sí la membranosa ala del murciélagos.

PARALELISMOS OCIOSOS

No, ni Nápoles, ni Marsella, ni Bahía... A lo que se parece Valparaíso, si es que su estupenda originalidad consiente comparaciones, es a Andalucía, a la Andalucía valliserrana y granadina. (¡Cuánto hubiera gozado aquí Federico García Lorca). Y hablo del Valparaíso alto. El "plan" lo dejamos librado a la hibridez, por cierto potente y hermosa, pero hibridez al fin, de su progresismo. Me interesa el otro, el cien por ciento chileno, el existencialista, el existente por diferente. Y se parece, precisamente, al Albayzín, al barrio gitano. El mismo abigarramiento, igual pobreza llevada sin *aparente* protesta; el mismo rebullido y alegre viveza de la chiquillería semidesnuda: la greña caída, el ojo avizor y la réplica fulminante; el mismo tráfico menor de verdulerías, fritangas y humildes contentos, en cestillos, para el paladar; el mismo andar escorado y la misma protección, un poco mítica, al borracho; la misma iglesia con mención de pasado suntuoso, "devenida", excéntrica y contagiada, cristiana y humildemente, del pobreterío ambiental... El mismo crimen callado con igual universal complicación silenciosa en torno, y pareja sagacidad para la chanza y el hurto; idéntico contraste entre el día vivaz y proletario y la noche pecadora e intransitable; la misma afición y predominio del arma de filo; iguales barrancos de tierra de alabeados ocres; los mismos geranios polvorientos y el aspaviento erizado de los mismos cactus, los "laocontes salvajes", "los pulpos petrificados" de la imaginería albaycinesca de Federico... Quedan aún los mismos portales lúgubres, que parecen llevar a la propia entraña del pavor; las callejas sin salida, las casas que la mirada cruza hasta dar en las nubes... Le falta la heráldica agraria del olivo, la heráldica lírica del granado y del arrayán y la heráldica señoril del ciprés, que en Granada no es árbol triste sino desenvainado espadón vegetal que monta la guardia del paisaje.

EL COLOR EN SU ALCANDARA

“¿Puede indicárseme algún lugar de la Tierra donde una casa verde no llame la atención?”

G.K. CHESTERTON

—Sí, mi admirado señor Chesterton; aquí, en Valparaíso. Aquí no llaman la atención las casas verdes, ni las ocres, ni las azules, ni las de color cinabrio o amaranto que son colores poéticos, de esos que nunca se sabe a ciencia cierta qué colores son. Aquí el verde no se ve como aislado sumando, sino que es pincelada de la infinita suma; no es nota subversiva, solitaria y extravagante, sino matiz coadyuvante, subordinado, de una totalidad sinfónica o sincrónica, dicho de modo más pedante. Usted, que es de un país de hollín, nieblas y almagra, no puede entender esto fácilmente; ni siquiera usted que es hombre de humor, aunque de un humor tiznado de surraco, empañado de nébulas y comprometido de almazarrón. Aquí, diluido en este aire gritón de subidos nácares, rebozado de oro y turquesas, el verde es un color más. Cuando aquí el sol se mete a hacer su “sábado inglés”, independientemente del día que sea; cuando viene flotando por el aire marino una especie de tramoya británica, con sus telones de nube o sus bambalinas de niebla ajironada, un esmeril de cautelosos grises va poniendo como en sordina el criterio de la multicolor canción porteña, sosegando su “tempo” luminoso, hasta el susurro y la melancolía. El “plan” britanizado, se somete a esta conducta y hasta se diría que halla un secreto regusto en este embozo del orballo, en este disfrazarse de sábado bíblico. Pero es entonces cuando las casas de los cerros, como si fuesen reservorios del color para mantener el encantamiento del alma y de los ojos, se ponen a brillar con luz propia, con emanado e interno resplandor, por entre las lijas y cenizas atmosféricas. Y son bloques translúcidos de verdes, ocres, cobaltos y azufres, muy próximas al desgañitamiento tonal de la pintura del “quinientos”, recostados contra los fondos dramatizados de Doménico Theotocopolis.

Porque el paisaje aquí, el que sobresale del accidente telúrico, el habitado verticalmente por el hombre, es un paisaje pictórico casi absoluto, poco más que pura perspectiva aérea, que aspira a buscar su mínimo asidero, para no esfumarse y perderse en la luz, en un modo de vaporoso cubismo. Estos apeñuscamientos de bloques de color, que exudan sobre los cerros su propia canción versícroma, parecen apuntes para una Epifanía deshuesada, pensada por Picasso, donde los fulminados por la adoración y la esperanza, no serían reyes ni pastores, sino proletarios de un burgo abrumado por los subproductos negativos de la civilización.

A falta de la eternidad y humanización de la piedra, las casas de los cerros tienen la eternidad y el ser estético de su luz. Y la guardan y la fulguran aún entre las nieblas tristes. La luz es su continuidad. Cuando el sol no hace morder en sus aristas su pedernal de lumbres, son ellas las que se ponen a cantar, bajo la boira, su tierno coral de tonos afinados. Y cuando el sol empuña la batuta para dirigir sus *tutti* esplendorosos, entonces, además de cantar, bailan; bailan en torbellinos y espirales, apenas apoyando el leve pie sobre el escenario del planeta, sumando sus colores, subiendo y bajando infatigables, polifónicas, como si en la paleta de un pintor de mundos, los colores se trabasen en rítmicas contiendas. Y entonces los cerros de Valparaíso, tan sórdidos en la adivinada fragmentación de su íntimo suceso, se convierten en uno de los pocos espectáculos de magia real —de “realismo mágico”— que le van quedando al mundo. Lo dicho: “alma sin cuerpo”. Sólo cuando el arte implícito de las cosas naturales alcanza este ser espectral, éste no depende más que de su propia belleza desinteresada, se puede hablar, *sensu stricto*, de paisaje; es decir de visión integral y liberada de cultura. Lo que se entiende generalmente por paisaje, suele ser muy poco más que agricultura.

RAPSODIA Y FINAL

Sí; la sensibilidad del viajero, fatigada de las grandes ciudades y de su repetida tristeza y desazón, se enreda y demora, tal vez en demasía, en las incitaciones del menudo dato “curioso”, en la nota característica diferencial que a veces configuran para el nativo las menciones menos llevaderas, más penosas, las que no quisiera ver aludidas. Lo que para el viajero, atento sólo al valor de sugerencia que le ofrecen estas “curiosidades”, es motivo de deleite, lo es para el nativo de fastidio y depresión. El viajero las ve y pasa; el nativo se queda y las sufre.

Hay —ya lo sé— en estos capítulos sobre Valparaíso muchos burros, muchos cerros con la engañosa belleza de su perspectiva y con su dura entraña miserable. Hay en cambio poca “estadística”, ninguna mención “poderosa”, ningún especial resalte de lo ponderable y objetivo en términos del “progreso”. Pero eso es lo que ya se sabe, lo que se ve y se vive, lo que integra el narcisismo espontáneo de todo habitante de una gran urbe y que, operación natural y conducta de todo narcisismo, es precisamente lo que más le gustaría ver alabado. Pero, ¿qué ganaríamos con que yo repitiese aquí lo que dice cualquier Guía del Comercio? ¿Resultaría fecundo para alguien que no fuese un tontainas, el que yo me pusiese a “descubrir” en estas

crónicas que Valparaíso es uno de los puertos más señosos del Pacífico, en el que se cargan y descargan tantas toneladas al año que le estorba la preferencia oficial por el de San Antonio; que la destilería del petróleo debe estar en Concón y otras menudencias?

En cambio puedo decir que, independientemente de todas esas gallardías locales, el Puerto "envicia" a quien aquí viene y se queda unas semanas. Llega a convertirse en una manía. Estando en Chile *yo tengo* que venir a Valparaíso cada dos o tres semanas. ¿A qué? No lo sé yo mismo. Desde luego a nada concreto; simplemente a venir, a estar. Me gustan sus calles, sus plazas, sus plazuelas, su aire, su luz, sus avenidas despejadas y sus callejones torturados. Me gusta la agitación de su gente, su ritmo formal y ocupado, la seriedad un poco infantil del porteño en contraste con la *nonchalance* un poco senil del santiaguino. Me gustan sus humos industriales y las flores de sus parques; las ceñudas penumbras laberínticas de sus colinas habitadas y su claridad llena de leguas de aérea hermosura desde los altos de Playa Ancha. Me gusta ver el tráfico de mercaderías en sus "molos" y me gusta que aquí se llame "molos" a lo que en todas partes se llama muelles. Me gustan sus caletas pesqueras y andar por las opulencias de su barrio mercachifle y meterme en los bares siniestros en torno a la plaza Echaurren. Me gusta como canta la brisa grande del mar grande en sus acantilados y roquedos y me gusta el metal de voz de sus arsenales y maestranzas. Me gusta tener en la mano la minuciosa espiral de una caracola hallada en sus arenas, mientras veo a lo lejos el Aconcagua con su grandioso perfil de dios airado y maligno. Me gusta el animoso mundo estudiantil, el fervor y apoyo que encuentra en el porteño la tarea del intelectual foráneo o indígena, y la caliente atención y estímulo que halla la vida de la cultura y la vida-vida, en su magnífico periodismo, uno de los más vibrantes, jóvenes y tradicionales a la vez, del habla castellana. Me gusta la playa de las Torpederas, su multitud y mescolanza, su mesocracia y su proletariado, y me gusta la Viña del Mar garitera, atolondrada y arbitrista del verano, tanto como la recoleta, fina y un poco extranjera de la invernía, y también me gusta que dentro de la frivolidad de la playa millonaria y de sus artificios de reciente mano, el tiempo adquiera remanso y vocación de siglos en la Quinta Vergara, con sus árboles añosos, las nobles salas de su palacio, sus pinturas próceres y su Escuela de Artistas; como me gusta, asimismo, que a la par de un Casino de ficheos, cocteleos y bailoteos, viva una Asociación Pro-Arte atenta a todos los estremecimientos del espíritu de Chile y del mundo, y que dentro de la imponente Universidad Técnica Santa María funcione un núcleo de enriquecimiento cultural y humanístico, para que sus egresados salgan de allí sabiendo que el mundo no se acaba en las lindes de la destreza y del

artilugio. Me gusta el rumor de colmena que la ciudad tiene al mediodía y el susurro con que se acaracola, en peligrosa incitación, en la alta noche. Me gusta el donaire resuelto de sus mujeres, de sus "bien plantadas", y me gusta la gracia y prestancia de su marinería: la caballerosidad sin énfasis, humana y espontánea, de sus oficiales, y el múltiple revoloteo de sus marineros, de sus miles de marineros, como bandadas de alas azules, de alas blancas, por toda la ciudad y a todo instante, tan vestidos de niños que ni en las horas caóticas de la borrachera y el lupanar pierden pie con la ribera de la inocencia, con el borde del candor, como extraviadas criaturas a las que hay que proteger a pesar suyo.

Por todas estas cosas grandes y pequeñas, espectaculares y sutiles, me gusta Valparaíso, todo Valparaíso, el de las virtudes, el de los defectos. Queden aquí estas líneas como credo de amor, de un amor "a primera vista" y ya para siempre. Pero que no se me exija que cuente la longeva historia bancaria de los Edwards, ni la reciente y comercial de los Ibáñez, ni los millones que han costado las obras del puerto, ni los kilómetros cuadrados de área asfaltada. Ni sé ni quiero.